

cacería. ¿Podréis conseguir que suceda así?» «Lo que tú dices», le respondió el rey, «me parece bien.»

Los compañeros del rey estaban sumamente satisfechos. Me parece que nunca un caballero pensó tan gran traición como aquella, mientras la hermosa reina tenía confianza en su lealtad.

Por la mañana temprano, el héroe Sigfrido, sumamente contento, emprendió el camino con mil de sus hombres. Iba á vengar la ofensa hecha á sus amigos. Hagen caminaba junto á él examinando su traje.

Cuando llegaron muy cerca de la Marca, envió secretamente á dos de sus hombres: debían llevar nuevas noticias al país de Gunter; que el señor Ludegero permanecía en paz con el rey.

¡Qué gran pesar causa á Sigfrido tenerse que volver sin haber vengado la ofensa hecha á sus amigos! Con gran trabajo le hicieron desistir los amigos de Gunter. Se dirigió en busca del rey, el cual le dió las gracias.

«Que Dios os recompense, amigo Sigfrido, alma elevada, la buena voluntad con que hacéis lo que yo os mando: siempre estaré dispuesto á servirlos por lo que os debo. Más que en todos mis amigos, confío en vos.»

«Ya que no hemos podido hacer combatir nuestro ejército, quiero ir á cazar osos y jabalíes al Waskenwalde, como con frecuencia lo hago.» Este era el consejo de Hagen, de aquel hombre desleal.

«Digase á todos mis huéspedes que quiero emprender la marcha por la mañana muy temprano: que los que quieran venir conmigo, estén preparados; los que quieran quedarse, que se diviertan con las mujeres; así me causarán alegría.»

Con altiva arrogancia, dijo Sigfrido: «Si os gusta ir á cazar os acompañaré, con mucho gusto. Prestadme solo un cazador y algunos perros. Así podré caminar por entre los abetos.»

«¿Solo queréis uno?» le preguntó el rey, «yo os prestaré con mucho gusto cuatro que conocen perfectamente la selva y los senderos por donde van las fieras. No os dejarán venir como del destierro.»

El distinguido caballero emprendió el camino con su esposa. Hagen se apresuró á decir al rey cómo esperaba matar al héroe. Ningún hombre llevó á cabo jamás traición tan grande.

Aquellos traidores preparaban su muerte, todos lo sabían: Geiselher y Gernot no quisieron ir á la caza. No sé por qué grande resentimiento no se lo advirtieron; después quedaron pesarosos.

XVI.

DE COMO SIGFRIDO FUÉ ASESINADO.

GUNTER y Hagen, los guerreros valerosos, celebraban con falsía una cacería en la selva. Con sus lanzas aceradas, simulaban perseguir los jabalíes, los osos y los bisones: ¿qué podían hacer más atrevido?

En medio de ellos caminaba Sigfrido, con altiva arrogancia. Llevaban víveres de todas clases. Cerca de una fresca fuente debía perder la vida. Así lo había querido Brunequilda la esposa del rey Gunter.

El fuerte héroe fué á donde Crimilda estaba. En bestias de carga arreglaron su equipo de caza y el de sus compañeros: iban á pasar el Rhin. Nunca Crimilda había experimentado pesar tan grande.

Besó la boca de su esposo amado. «Que Dios me conceda, querida mía, hallarte buena y que así tus ojos me vuelvan á ver: distráete con tus buenos parientes; yo no puedo permanecer aquí.»

Se acordó de la confianza que había tenido con Hagen, pero no se lo quiso decir. La noble reina comenzó á



llorar, quejándose de haber nacido. Muchas lágrimas vertió la extraordinariamente bella mujer.

Dijo al guerrero. «Deja de ir á esa cacería: he tenido un sueño de mal agüero, soñé que dos javalíes te perseguían entre las matas; las flores se tornaban rojas. En verdad que es una pena que dejes llorando á tu pobre esposa.»

«Temo mucho las maquinaciones de los envidiosos; podemos haber dejado de servir á cualquiera que nos haya jurado odio mortal. Quédate aquí, querido señor, mi afección te lo aconseja.»

Él le contestó: «Querida mía, volveré dentro de poco tiempo;

no conozco aquí á nadie que me pueda odiar. Todos tus parientes me quieren bien, y nunca por parte de ellos he merecido otra cosa.»



«¡Oh! no, mi querido Sigfrido: temo que perezcas. He tenido esta noche un sueño de mal agüero, como si dos montañas cayeran sobre tí y no pudiera verte más. Si quieres dejarme, sentiré una pena grandísima.»

Cogió entre sus brazos á la virtuosa esposa y cubrió de besos su hermoso cuerpo. Después se separó inmediatamente, pues tenía que partir. Desde entonces ya no lo vió vivo.

Se encaminaron hacia una selva profunda donde debían cazar: muchos fuertes caballeros acompañaban al rey. Gernot y Geiselher se habían quedado en el palacio.

Muchos caballos cargados, los esperaban al otro lado del Rhin llevando á los cazadores pan, vino, manjares, pescados y otras provisiones, como un rey tan rico podía proporcionarlas.

Los fieros é impetuosos cazadores hicieron alto en la entrada de la selva por donde acostumbraban á salir los animales bravíos. Cuando iban á cazar en una extensa llanura, llegó Sigfrido y lo avisaron al rey.

En todas partes estaban prevenidos los compañeros de caza: así dijo el atrevido héroe, Sigfrido el fuerte: «¿Quién nos conducirá en la selva sobre la pista de los animales, guerreros fuertes y atrevidos?»

«¿Queréis vosotros» preguntó Hagen, «que nos separemos aquí, antes de dar comienzo á la cacería? De este modo mi señor y yo reconoceremos quien ha sido más hábil en la partida.»

«Partiremos igualmente gentes y perros y cada uno irá donde quiera. El que mejor cace recibirá las felicitaciones de todos.» Los cazadores no permanecieron reunidos más tiempo.

El noble Sigfrido dijo: «No tengo necesidad de mas perros, que de un sabueso bien enseñado á seguir la pista de los animales por entre la selva. ¡Qué bien vamos á cazar!» exclamó el esposo de Crimilda.

Entonces un viejo cazador cogió un sabueso que condujo al señor en poco tiempo al sitio en que abundaba la caza. Los demás cazaron todo lo que se presentó, como aun lo hacen los buenos cazadores de nuestro tiempo.

Cuanto levantaba el perro, era cazado por la mano del fuerte Sigfrido, el héroe del Niderland. Su caballo corría con tanta rapidez que nada se le escapaba: recibió alabanzas de todos por lo bien que cazaba.

Era muy diestro en todos los ejercicios. El primer animal que mató el héroe por su mano, era un fuerte jabali; poco después se le presentó delante un furioso león.

El perro lo hizo saltar, él le lanzó con el arco una acorada flecha con la que lo atravesó. El monstruo se adelantó hacia el cazador, pero solo pudo dar tres saltos. Sus compañeros de caza le dieron las gracias.

A poco mató á un bisonte y á un ciervo, cuatro fuertes toros salvajes y un macho cabrío. Con tal rapidez lo llevaba su caballo, que nada se le podía escapar. Los gamos y las cabras casi nunca le faltaban.

El sabueso encontró un gran jabali. Cuando comenzaba á correr, el maestro cazador se le puso delante: el animal se volvió furioso para acometer al atrevido héroe.

Lo atravesó de parte á parte con la espada el esposo de Crimilda: ningún otro guerrero lo hubiera podido hacer. Cuando el animal estuvo cogido, retiraron al perro. Sus proezas en aquella cacería fueron conocidas por todos los Borgoñones.

Sus cazadores le dijeron: «Por favor, señor Sigfrido, no tiréis á una parte de la caza, pues sino van á quedar desiertas la montaña y la selva.» Al escuchar esto, el héroe valeroso no pudo menos de sonreír.

Por todas partes se escuchaban gritos y exclamaciones. El ruido de las gentes y de los perros era tan grande que el eco repercutía en la montaña y en la selva. Ochenta y cuatro pares de perros habían soltado.

Gran número de animales recibieron horrible muerte: los del país querían conseguir el premio de la caza, pero esto no les fué posible, al ver llegar junto á la hoguera del campamento al fuerte Sigfrido.

La cacería tocaba á su fin, pero aun no estaba terminada. Los que se aproximaban á la hoguera llevaban pieles en abundancia. ¡Ah! ¡cuántos manjares se prepararon para los del acompañamiento del rey!

El rey hizo anunciar á los cazadores de alto rango, que iba á comer. Solo una vez tocaron fuertemente el cuerno, para que los que estaban lejos supieran que el rey estaba en el campamento.

Un cazador dijo á Sigfrido: «El sonido de la trompa, nos anuncia que debemos volver al campamento. Voy á responderles.» Por todas partes los sonos del cuerno llamaban á los cazadores.

El noble Sigfrido dijo: «Ahora salgamos ya de la selva.» Su caballo lo condujo rápidamente siguiéndolo los demás. Sus gritos dieron lugar á que se levantara un feroz animal, un oso terrible. El héroe volviéndose, dijo.

«Voy á dar una broma á nuestros compañeros de caza. Soltad los perros, pues veo un oso que se va á venir con nosotros al campamento. Si no corre mucho caerá en nuestro poder.»

El perro fué lanzado y huyó el oso. El esposo de Crimilda quiere perseguirlo, pero el animal se refugia en un monton de árboles derribados, haciendo imposible la persecución. El fuerte animal creía estar bien defendido de los cazadores.

El atrevido y buen caballero se apeó de su caballo lanzándose tras del animal, que al cabo no podía librarse. El héroe lo cogió en un instante y sin que le causara la menor herida, lo amarró fuertemente.

Ni las uñas ni los dientes podían hacerle daño alguno; amarró el oso á la silla, montó á caballo y con gran audacia lo llevó á donde ardía la hoguera. Para el héroe aquello había sido un juego.

Cabalgó hacia el campamento con sin igual arrogancia. Su lanza era larga, fuerte y dura: una brillante espada le tocaba las espuelas y el héroe llevaba también un hermoso cuerno de oro rojo.

Nunca he oído hablar de mejor equipo de caza. Llevaba un traje de tela negra y un capuchon de zibelina de suntuosa riqueza. ¡Oh! ¡qué magníficos eran los cordones de que pendía su carcaj!

A causa de su buen olor lo habían cubierto con una piel de pantera. Llevaba también un arco que tenían que